

Arqueología: una máquina del tiempo para una prehistoria del presente

Carlo Emilio Piazzini Suárez

Investigador Grupo Estudios del Territorio, INER, Universidad de Antioquia

Este ensayo tiene que ver con la arqueología como una práctica de producción de tiempos y espacios a partir de materialidades, y no como una disciplina confinada al estudio de temporalidades remotas reflejadas en la distribución geográfica de artefactos. Es decir que no se parte de la existencia de un tiempo y espacio dados, en el cual se ubican los objetos de estudio y las prácticas de conocimiento que pretenden dar cuenta de los mismos. Por el contrario, se propone que el tiempo en tanto experiencia humana del devenir es una producción que no depende en sentido estricto de la teleología histórica o la de la causalidad y "desgaste" de la termodinámica, sino que se conforma de manera contingente, plural y desordenada. Igualmente, que el espacio no constituye una extensión geográfica que sirve de soporte y escenario a los científicos y sus objetos de estudio, sino que es una producción. Se revisa la relación de la arqueología con narrativas globales y su potencial para cuestionar las lecturas establecidas desde el poder político-territorial, evaluando la genealogía de la relación entre la visión arqueológica y la histórica.

For the archaeologies of the time

This essay concerns the archaeology as a practice of production of time and space from materialities, and not as a discipline confined in the study of remote temporalities reflected in the geographical distribution of objects. Hence, it does not born form the existence of a time and space given, in which objects of study and their current practices of knowledge are located. On the contrary, it is proposed that time, as human experience of becoming, is a production that does not depend strictly on historical teleology or on causality and "burnout" of thermodynamics, rather than made up of contingent, plural and disorderly ways of being. Equally, space does not constitute a geographical extension that serves as support and stage the scientists and their objects of study, but it is a production. It reviews the relationship of archeology with global narratives and its potential to challenge established political-territorial comprehensions, evaluating the genealogy of the relationship between archaeological and historical vision.

Este ensayo tiene que ver con la arqueología como una práctica de producción de tiempos y espacios a partir de materialidades y no en el sentido tradicional de una disciplina confinada al estudio de épocas remotas reflejadas en huellas y artefactos prehistóricos. Tampoco se parte de la existencia de unos tiempos y espacios dados, en los cuales se ubican y ordenan las evidencias arqueológicas y los conocimientos que se derivan de su estudio, sino del tiempo y el espacio como producciones. En esta perspectiva, el tiempo es el producto de prácticas discursivas y no discursivas que propician la configuración de sentidos sobre la experiencia humana del devenir, como la duración y el "desgaste", la causalidad y la contingencia, las cronologías y las teleologías, y a partir de ellos, la elaboración de recuerdos, memorias y futuros. Igualmente, el espacio es producto de percepciones y concepciones acerca de las distancias, las adyacencias, las separaciones y relaciones entre actores humanos y no humanos, que dan lugar a topologías tan diversas como los lugares, las fronteras, los territorios, los paisajes, las cartografías, las redes, entre otras. En estas dinámicas espaciotemporales, se considera que las materialidades juegan un rol activo en cuanto hacen posible la configuración de determinadas topologías y experiencias del devenir.

Desde esta postura, la arqueología encuentra su singularidad en el estudio de aquellas "exterioridades" que los demás campos de conocimiento han considerado generalmente como aspectos secundarios a la hora de explicar la vida social: artefactos y huellas que son producto de actividades humanas pero que pueden adquirir ellas mismas capacidad de agencia. El relieve de esa particularidad puede ser advertido a propósito de la manera en que partiendo de las materialidades la arqueología produce discursos proclives a conformar, sustentar o reproducir determinadas percepciones y concepciones sobre el tiempo y el espacio

como por ejemplo los esquemas evolutivos o la distribución del mundo en particulares entidades culturales o territoriales, para señalar dos de las más frecuentes aplicaciones.

Pero esta singularidad ha sido opacada por la remisión de la arqueología a temporalidades remotas y, con ello, a una posición poco menos que impertinente para la comprensión del presente. Retando la lógica moderna del tiempo y la cartografía epistemológica de los saberes que le es funcional, en este ensayo quiero esbozar la pertinencia de una "prehistoria del presente" que, sin confinarse a los terrenos de una arqueología disciplinar, permita hacer visible cómo las materialidades activan particulares percepciones del tiempo y el espacio, en una estrategia de especial importancia para trabajar en campos tan diversos como los estudios sobre la ciencia, la tecnología, el consumo y las modas, los espacios y las memorias, así como los procesos de patrimonialización.

Desde diferentes ámbitos del pensamiento contemporáneo se han venido enfatizando el tiempo y el espacio como producciones, esto es, espacialidades y temporalidades cuya pluralidad desborda el modelo tradicional del espacio como extensión cartesiana y del tiempo como eje cronológico (HARVEY, 1998; KOSELECK, 2001; LE GOFF, 1991; LEFEBVRE, 1991; SOJA, 1989). Igualmente se ha señalado la necesidad de reconfigurar las relaciones epistemológicas y ontológicas entre los pensamientos del tiempo y del espacio de una manera equilibrada y articulada, en torno a lo que sería la comprensión de las diferentes formas de espacio-tiempo que anteceden, confluyen y resultan transformadas en el presente (GIDDENS, 1994; MAY; THRIFT, 2001; WALLERSTAIN, 1997).

Espacialidades y temporalidades, entendidas como experiencias y concepciones del espacio y el tiempo, se concretan y articulan en prácticas que estructuran sincrónica y diacrónicamente las relaciones sociales (GIDDENS, 2003). Las prácticas discursivas y no discursivas del espacio contribuyen a definir y mantener el lugar de los sujetos al interior de la organización social, así como la intensidad de sus interacciones en términos de distancia, acceso a recursos, naturaleza de los intercambios económicos y simbólicos y su ads-

cripción territorial. Estas prácticas espaciales (*sensu* Harvey) pueden ser percibidas (ambientes construidos, caminos, cultivos, casas, mercados, espacios públicos, monumentos) o concebidas (cartografías, sentidos de lugar, territorialidades, nacionalismos), pero cualquier dicotomía entre espacios tangibles e intangibles se resuelve en cuanto ambos confluyen en última instancia en espacios vividos, esto es, aquellas formas de producción del espacio que virtualmente pueden realizar el encuentro entre seres humanos, artefactos y espacios imaginados, constituyendo en última instancia el espacio que es políticamente dominado, o que ofrece condiciones para la resistencia y constitución de nuevas espacialidades (LEFEBVRE, 1991). Espacios percibidos, concebidos y vividos conforman una dialéctica espacial (SOJA, 1989), que puede conducir tanto al mantenimiento de un orden social y político establecido, como a su transformación.

De forma paralela, a estas prácticas espaciales corresponde lo que proponemos llamar prácticas temporales: aquellas que definen los ritmos, la duración y periodicidad de las relaciones sociales, así como su anclaje respecto de la memoria. De tal modo que al "donde" del espacio se corresponde el "cuando" del tiempo (GIDDENS, 1994: 29; RICOEUR, 2003: 196). Como en el caso de las espacialidades, las prácticas no discursivas y discursivas del tiempo sostienen una relación dialéctica de mutua incidencia: percepciones del tiempo cósmico, de la duración de la propia vida y de las cosas que nos rodean, de los ritmos cotidianos y de eventos extraordinarios como la muerte, afectan y resultan a su vez afectados por las memorias conceptualizadas por medio de narraciones.

La articulación entre prácticas espaciales y temporales se hace particularmente visible a propósito de las memorias espaciales y los lugares de la memoria. La organización espacial de los recorridos, las actividades y los encuentros cotidianos no sería posible sin una regulación temporal de la repetición y periodicidad de las prácticas sociales. Por su parte, la memoria social requiere un anclaje espacial en los lugares de la memoria (materializados por excelencia, pero no únicamente, en cementerios, monumentos, templos y espacios públicos), lo que conlleva a configurar sentidos de continuidad y pertenencia.

En general, puede decirse que espacialidades y temporalidades se configuran mediante prácticas materiales y atendiendo a relaciones sociales que aseguran la reproducción social (HARVEY, 1998: 228), pero a su vez, "la estructuración espacio-temporal de la vida social define cómo las acciones y relaciones sociales son materialmente constituidas, concretadas" (SOJA, 1989: 129). Esta dialéctica implica que las experiencias y conceptualizaciones del espacio y el tiempo están estrechamente ligadas a los procesos de cambio social. Tal como ha señalado Harvey: "La historia del cambio social está capturada en parte por la historia de las concepciones del espacio y el tiempo, y los usos ideológicos para los cuales se esgrimen aquellas concepciones" (HARVEY, 1998: 243).

Atendiendo a enunciados recientes que enfatizan el papel activo de la cultura material en las prácticas sociales (BUCHLI, 2002; MILLER, 1998; THOMAS, 1999), se puede considerar que la vida social combina procesos de materialización y desmaterialización que se relacionan de forma compleja con el cambio sociocultural. La transformación o persistencia de las formas en que un grupo social produce, consume, destruye o descarta artefactos, no son un simple reflejo de sus ritmos de cambio o relativa estabilidad sociocultural. Por el contrario, en los distintos momentos que componen la "biografía de las cosas" (*sensu* KOPITOFF, 1991), incluyendo lo que antecede y sucede al proceso de materialización que resulta en la existencia de los artefactos, se ponen en marcha tensiones entre dinámicas tendientes al cambio o la continuidad. Determinados materiales, saberes, técnicas, sistemas de distribución y prácticas de descarte o reutilización de artefactos, que forman parte de procesos de reproducción de ciertas lógicas sociales, entran en relación de simultaneidad con otras que tienden a su transformación.

Pero más allá de esta tensión entre diferentes ritmos en los procesos de materialización, es preciso tener en cuenta, además, que las materialidades en tanto actores (*sensu* LATOUR, 2001) que intervienen activamente en las relaciones entre humanos y no humanos tienen un rol activo en la generación de concepciones de cambio o continuidad entre los miembros de un colectivo. En efecto, las condiciones de durabilidad

o decadencia, de fijación o movilidad espacial de un artefacto o conjunto de artefactos, pueden servir a la constitución de imaginarios proclives a la ruptura o la continuidad histórica y a la generación de sentidos de pertenencia o exclusión.

En este esfuerzo de re-conceptualización acerca del espacio, el tiempo y las materialidades, y de indagación por la forma en que se establecen relaciones entre los términos de esta triada, se ofrece la posibilidad de una arqueología que, sin confinarse a los imaginarios del pasado remoto, aporte a la descripción y comprensión de las prácticas espaciales y temporales del presente.

LA ARQUEOLOGÍA COMO MÁQUINA DEL TIEMPO

El viaje a través del tiempo constituye un recurso narrativo de reiterado empleo en la literatura, la música y el cine, quizá porque permite explotar y recrear aquella ensoñación moderna de querer conocer de primera mano lo que sucedió en el pasado y lo que será el futuro. Este tropo se materializa bien en *La máquina del tiempo* de H. G. Wells: un ingenioso vehículo gracias al cual un viajero en el tiempo avanza hasta el año 802.701 para maravillarse inicialmente con lo que cree pueda ser la edad de oro, pero que finalmente reconoce como el ocaso de la humanidad. Los *eloi* y los *morlocks*, esos seres antagónicos descendientes evolutivamente degradados de las clases ociosas y trabajadoras del Londres del siglo XIX, respectivamente, protagonizan una sombría lucha por la supervivencia en un mundo que había olvidado el fuego y la escritura, que pese a la esperanza del progreso nuevamente se había sumido en la prehistoria.

Aun cuando Wells trata fundamentalmente con una percepción lineal del tiempo, el cual considera como la cuarta dimensión de un espacio geométrico, gracias a su creatividad literaria logra torcer esta lógica para predecir lo que en el futuro podría llegar a ser el olvido del pasado. El protagonista del cuento, el viajero en el tiempo, divagando por un paisaje del futuro se encuentra con un palacio de porcelana verde en donde aún se perciben las huellas de lo que alguna vez fue un grande y completísimo museo. El viajero reconoce

entre las ruinas indicios de lo que fueran las secciones de paleontología y mineralogía así como galerías en donde reposaban los restos de antiguas maquinarias, armas y compuestos químicos. También una biblioteca y lo que ha debido ser la sección de arqueología, en donde logra ver una exposición de ídolos polinésicos, mexicanos, griegos y fenicios... Aquí el viajero en el tiempo practica nada más y nada menos que una pre-historia del futuro que hace visible la persistencia de un doble olvido: el que pretendía ser conjurado cuando en alguna edad se construyó el magnífico museo y aquel que finalmente lograron imponer la decadencia de la humanidad y la entropía, convirtiendo en ruinas las ruinas mismas que transitoriamente habían adquirido la dignidad de monumentos en un museo.

Pero en Wells la verdadera máquina del tiempo es su cronotopo discursivo, no aquel extraño ensamblaje de metal y cuarzo que viaja "a través" del tiempo. La máquina del tiempo es en realidad aquella que "produce tiempo". Igualmente, podemos decir, la arqueología no opera como un vehículo de conocimiento que gracias a sus recursos metodológicos y discursivos transita por el tiempo hacia el pasado, sino que es ella misma una máquina que produce tiempo. Lo que ocurre es que, al igual que el lector de Wells en beneficio del disfrute literario considera verosímil que exista una máquina del tiempo, quienes asisten a los museos, leen libros u observan documentales arqueológicos, por lo general, conceden a estos dispositivos el poder de transportarlos hacia el pasado.

No se trata aquí, como a primera vista podría pensarse, de efectuar una correspondencia narrativa entre los trabajos de la ficción literaria y la arqueología, sino de recalcar la capacidad de producción de tiempos que esta última posee en virtud de las particulares operaciones que tienen lugar en su tratamiento de huellas, artefactos y espacios. Desde el siglo XIX la arqueología ha recreado, tal vez como ningún otro saber, las teleologías del progreso y la evolución, porque estudia las diferentes etapas de desarrollo que conforman la imagen moderna del tiempo lineal o porque dibuja, con su interés en el pasado remoto y la pre-historia, el negativo de la imaginación moderna de civilización y desarrollo. Igualmente, en relación con las narrativas del

estado-nación, la arqueología ha suministrado claves para fundamentar histórica y territorialmente la idea de soberanía, elemento central a la geografía política de consolidación y expansión de los estados modernos. Esta espacialización del poder que territorializa las ruinas y los artefactos antiguos se hace visible por excelencia en los museos: la eficacia estética y discursiva de las exposiciones museográficas, las representaciones gráficas, los textos y las imágenes producidas por los arqueólogos, han sido capitalizados por la imaginación geográfica de la modernidad para re-presentar el ordenamiento espacial del mundo mediante las llamadas exposiciones internacionales y para naturalizar la jerarquía escalar de los estados, las regiones y los lugares, en las exposiciones locales. En fin, la arqueología, por su capacidad de producir tiempo a partir de las materialidades y del espacio, por la manera en que, al desplegar su discurso, permite hacer visible y tangible esa categoría abstracta que es el tiempo, ha participado de forma activa en el ordenamiento de aquellas experiencias del espacio que se encuentran involucradas en los procesos de constitución de relaciones coloniales, de conformación de los estados nacionales y de distribución de los poderes globales.

Esa capacidad se hace particularmente visible en tres elaboraciones clásicas de la arqueología: las tipologías, las estratigrafías y las cartografías, dispositivos que han permitido la producción de tiempos y espacios de manera más o menos independiente de aquel recurso clásico para conocer el pasado, como son las exégesis de textos bíblicos e históricos.

Desde el siglo XIX la arqueología ha sido sinónimo de tiempos prehistóricos, pero los discursos sobre el origen y antigüedad de la humanidad encuentran referentes anteriores. Durante el Renacimiento, sobre el fondo de concepciones acerca del pasado basadas en la lectura de documentos escritos, la arqueología fue abriendo un espacio para la producción de tiempos que previamente no existían. La colección y estudio de ruinas y antigüedades contribuyeron a parte del interés de las nacientes burguesías mercantiles del mundo mediterráneo por exaltar la grandeza de las civilizaciones clásicas, tarea en la cual fue fundamental efectuar una interpretación de los textos bíblicos y

los manuscritos griegos y romanos, así como estudiar los logros desde el punto de vista estético (TRIGGER, 1992: 43). Durante los siglos XVII y XVIII ya se hablaba de una "arqueología clásica" compuesta por dos perspectivas: la "arqueología histórica" y la "historia del arte". Mientras la primera servía básicamente a los propósitos de recrear lo dicho en los textos bíblicos e históricos mediante referencias a ruinas y antigüedades, la historia del arte permitió un desarrollo más o menos autónomo de la interpretación de los restos materiales (TRIGGER, 1992: 46).

Esta autonomía frente a las narraciones escritas ganó espacio cuando algunos anticuarios se interesaron por visitar monumentos y coleccionar objetos arqueológicos que no habían pertenecido a las civilizaciones clásicas o bíblicas. Animados muchas veces por suministrar firmes bases históricas a proyectos políticos encaminados hacia el establecimiento de estados nacionales, anticuarios ingleses, suecos, daneses, alemanes y franceses se arriesgaron a describir y ordenar los restos materiales de sociedades sobre las que existía poca o ninguna documentación escrita. En este contexto se inventa el método de seriación arqueológica, cuyos rudimentos se deben al danés Christian Thomsen, y el cual constituye una forma de producción de tiempo a partir de la observación comparada de artefactos. Mediante la seriación fue posible establecer sistemas de periodización con base en tipologías derivadas de la observación de continuidades y discontinuidades en las formas, funciones y decoración de los artefactos (TRIGGER, 1992: 77).

Este procedimiento se combinó eficientemente con las leyes de la estratigrafía geológica desarrolladas especialmente por Charles Lyell, para establecer temporalidades de manera independiente a los sistemas de datación de los historiadores (HARRIS, 1991: 25). Las discontinuidades observables en la superposición de diferentes capas de roca y sedimentos, así como en los contenidos arqueológicos allí "atrapados", se constituyeron en la figura por excelencia de la sucesión temporal prehistórica, por lo menos hasta el desarrollo posterior de las dataciones de radiocarbono y otros métodos de análisis físico-químico, las cuales, sin embargo, nunca llegarían a prescindir por completo de la estratigrafía. Las

periodizaciones generadas a partir de la seriación de artefactos y la estratigrafía fueron funcionales al evolucionismo, de la mano del cual se produjo una operación con grandes repercusiones: las distancias en el espacio fueron interpretadas como distancias en el tiempo, de tal forma que se instauró el principio de negación de la contemporaneidad (FABIAN, 1983). Bajo este principio, la comparación de artefactos prehistóricos con herramientas en uso por parte de comunidades indígenas en regiones lejanas dio lugar a la ejemplificación de cómo "todavía" vivían los primitivos y más tarde dio pie al desarrollo de la etnoarqueología.

De otra parte, entre finales del siglo XIX e inicios del siguiente, la incorporación del trabajo de campo a los protocolos de investigación y de la observación in situ, como uno de los requisitos para soportar la autoridad epistémica de los arqueólogos, conllevaron a especializar una práctica que hasta entonces se desarrollaba fundamentalmente en los museos. Salir afuera, recorrer y registrar las evidencias directamente en sus lugares de proveniencia se constituyó, conjuntamente con la tipología y la estratigrafía, en condición de posibilidad para avanzar en una interpretación sólida de los significados de dichas evidencias. Las expediciones y las excavaciones ya no sólo se realizaban con el ánimo de recoger piezas y monumentos para producir tiempos y espacios en los museos, sino que eran condición necesaria para conocer las claves de su antigüedad y, en correspondencia, ordenarlas de conformidad con series temporales. Este fue un cambio radical en el manejo del espacio en arqueología, que conllevó una estrecha relación con los protocolos de campo de la geología y la geografía, a la vez que permitió producir cartografías más detalladas.

El afán por confeccionar cartografías arqueológicas tuvo un fuerte impulso a partir del enfoque histórico-cultural, muy popular en la primera mitad del siglo XX. Se trataba de una visión "centrada en la definición de las culturas arqueológicas y en el estudio de sus orígenes en términos de difusión y migración" (TRIGGER, 1992: 195), tres aspectos que no podían expresarse prescindiendo de la geografía. De hecho uno de los conceptos claves del enfoque era el de "área cultural" acotado por Friederich Ratzel para referirse a "conjuntos de material

arqueológico prehistórico geográfica y temporalmente restringidos y su identificación con los restos de diversos grupos étnicos" (TRIGGER, 1992: 157).

Esta correlación entre culturas y regiones geográficas permitió confeccionar mapas arqueológicos caracterizados por un mosaico de áreas sombreadas sobre la silueta geográfica de regiones, países y continentes. Estas cartografías, al igual que su proyección hacia los itinerarios de las exposiciones museográficas, han sido y en muchos casos siguen siendo formas básicas de espacialización de la relación entre el conocimiento arqueológico de la prehistoria y las soberanías territoriales del presente. Precisamente en algunos países europeos y americanos (Alemania, Italia, España, México y Perú), la idea de vincular la geografía con el espíritu de un pueblo, es decir, con una cultura específica, se articuló con proyectos identitarios y nacionalistas asociados al establecimiento o fortalecimiento de los estados-nación, de tal modo que lo "histórico" hacía referencia fundamentalmente a la incorporación de las temporalidades prehistóricas dentro de las memorias y la conciencia nacional, más que a la adopción de un método histórico particular y, mucho menos, a una trascendencia de la oposición epistemológica entre prehistoria e historia.

Al cabo de medio siglo de tratamiento de un espacio-tiempo relativo, asociado fundamentalmente a las premisas de la geografía humana y el particularismo histórico, la arqueología retornó a la senda del espacio-tiempo uniforme de las ciencias físicas y naturales. Durante la tercera década del siglo XX el aporte de la ecología aplicada a la arqueología escandinava, el ejemplo de la arqueología soviética y el rechazo del difusionismo por parte de los etnólogos de Europa occidental fueron condiciones que propiciaron la adopción del enfoque funcional en arqueología (TRIGGER, 1992: 230). Aprovechando el desarrollo paralelo de las técnicas de datación absoluta, notablemente el radiocarbono, se trataba de establecer contrastaciones entre cortes sincrónicos correspondientes a diferentes temporalidades, para evaluar procesos de cambio en aspectos ecológicos, económicos, demográficos y políticos. La precisión que requerían estos cortes sincrónicos conllevó a una implementación de análisis espaciales mucho más detallados que en el pasado, entre los cuales

cabe mencionar el establecimiento de los patrones de asentamiento. La distribución en el espacio cartesiano y biofísico de determinados tipos de artefactos y concentraciones al interior de un yacimiento, al igual que la distribución de diversas clases de yacimientos en una región dada, eran condiciones necesarias para tratar de reconstruir los sistemas sociales y su interacción con el medio ambiente.

Estas condiciones posibilitaron el surgimiento de un movimiento a favor de la arqueología como ciencia positiva, cuyos protocolos de investigación deberían adecuarse al modelo hipotético nomológico con pretensiones de aportar a una teoría general del cambio y la evolución cultural mediante la búsqueda de leyes del comportamiento humano. Esta "nueva arqueología", como fue denominada, se vinculó de manera estrecha con los desarrollos metodológicos de la ecología, la geografía, la teoría general de sistemas y la estadística. Es de destacar la similitud que poseen los planteamientos teóricos, las críticas a los trabajos antecedentes y los objetivos perseguidos, entre esta nueva arqueología y la "nueva geografía" que casi de forma paralela se desarrollaba sobre todo en Norte América. La nueva geografía se proponía estudiar la organización del espacio, entendida como "la disposición y distribución de los fenómenos sociales en la superficie terrestre", recuperando la idea del espacio como dimensión geométrica, como contenedor de carácter mesurable, con contenidos cuantificables y vaciado de las dimensiones subjetivas (ORTEGA, 2000: 271).

La extensión espacial de la existencia humana que la nueva arqueología se propuso explorar era precisamente la del espacio-contenedor de la nueva geografía. Frente a los sencillos mapas de distribución de rasgos culturales que había desarrollado el enfoque histórico-cultural, y los primeros análisis espaciales que procuró la mirada funcionalista, la nueva arqueología permitió la incorporación de un tratamiento del espacio mucho más complejo en términos matemáticos, geodésicos y de representación gráfica. Modelos de análisis espacial desarrollados fundamentalmente por la ecología botánica y la geografía, como los mapas de distribución aleatoria y regular, la teoría del lugar central, la jerar-

quía de asentamientos, entre otros, fueron incorporados al trabajo de campo y laboratorio. En cuanto a la extensión temporal de la existencia humana, se trataba evidentemente de una temporalidad no histórica, sino de carácter evolutivo.

Así, por lo menos hasta la década de 1980, la arqueología en sus diferentes perspectivas teóricas había logrado consolidar un arsenal de dispositivos para la producción de tiempos y espacios, fundamentalmente prehistóricos, que incidieron poderosamente en la percepción general de los públicos acerca del pasado de la humanidad. Se trataba, hay que decirlo, de un tratamiento de las temporalidades y las espacialidades del pasado que podría denominarse más "etic" que "emic". Es decir, que se avanzó fundamentalmente en el desarrollo de un saber positivo acerca del tiempo como eje universal sobre el que se sitúa el devenir humano y del espacio como extensión geométrica en la cual se localizan los recursos y las actividades humanas. Sólo a partir de las más recientes arqueologías interpretativas y críticas se comenzarían a reelaborar estas categorías de tiempo y espacio, haciéndolas menos generales y más relacionadas con trayectorias sociales específicas, en donde particulares redes de significados habrían producido determinadas formas de percepción y concepción del tiempo y el espacio (BENDER, 1992; CRIADO BOADO, 1999; HASTORF, 2003; HODDER; CESSFORD, 2004; SHANKS; TILLEY, 1987; 1994; THOMAS, 1999; 2001).

Ahora bien, es posible considerar que esa particular capacidad de la arqueología para producir tiempos y espacios a partir del tratamiento de las materialidades, que aquí hemos querido hacer visible de manera muy breve a propósito de las tipologías, la estratigrafía y las cartografías, podría ser puesta en función del análisis mismo acerca de cómo se han configurado y se conforman en el presente esas articulaciones espaciotemporales, más que restringirse a la tarea de agenciarlas y recrearlas desde un ámbito puramente disciplinar. Para ello es menester habilitar una concepción de la arqueología que no se encuentre confinada a determinados periodos o lugares, que se proyecte críticamente no sólo a los espacios y temporalidades de la historia, sino incluso hacia el presente.

PARA UNA PREHISTORIA DEL PRESENTE

Aun cuando la arqueología emerge con anterioridad al concepto de prehistoria, desde el siglo XIX se la suele asociar al estudio de una fase anterior a la historia que, en ausencia de documentación escrita, sólo puede apelar a la interpretación de los restos materiales para acceder al pasado humano. En el marco de conformación y consolidación de las teleologías del progreso y la evolución, sólo una mirada dirigida al gran distanciamiento temporal que supone una alteridad llevada a los extremos del origen, de lo remoto y de lo exótico, esto es la prehistoria, podía permitirse el tratamiento de las materialidades para dar cuenta de lo social. Las sociedades prehistóricas, es decir, aquellas que no tienen historia porque no desarrollaron aparatos escriturarios ligados a proyectos políticos similares a los estados nacionales del siglo XIX, aquellas a las cuales se las identificó con ritmos lentos o cuasi-estáticos de cambio, similares a los de una naturaleza que las domina, eran virtualmente las únicas susceptibles de ser estudiadas mediante las "expresiones" materiales de su existencia.

La arqueología se situó así en el umbral entre el tiempo de la naturaleza y el de la historia, pero también entre la inconsciencia de la materia (el olvido) y la consciencia del espíritu (la memoria). En efecto, la estructuración del espacio-tiempo de la modernidad implicó que en el proceso de reordenamiento de los saberes y las positivities acaecido en el siglo XIX la arqueología quedara alineada en el polo de las exterioridades dentro de un sistema jerárquico de oposiciones. En primer lugar, sin dejar de ser fiel a la hegemonía del tiempo, se situó más cerca de la naturaleza que de la historia, de los tiempos geológicos, biológicos, cíclicos e inmutables; se encontró en la esfera del pasado "inconsciente", de las "sociedades sin historia" y, en esa medida, del olvido. En segundo lugar, quedó alineada del lado de las espacialidades, cerca de la praxis geográfica y de los protocolos de investigación de campo que, por lo general, se refieren a un distanciamiento en el espacio que quisiera corresponder a un viaje en el tiempo. En tercer lugar, opera en el ámbito de la materia y, por lo tanto, se dirige, fundamentalmente, al mundo de los objetos, las huellas, los cuerpos y las técnicas.

Una estrategia que permite combatir la remisión cronológica de la arqueología a las temporalidades remotas consiste en deconstruir el concepto mismo de prehistoria y los dos enunciados que lo componen, estos: 1) las materialidades sociales en ausencia de escritura y 2) la anterioridad de lo prehistórico (PIAZZINI, 2011). De acuerdo con esta operación, el enunciado excluyente de ausencia de escritura proviene de la definición de un afuera en el que están situados la materia y el espacio por contraste con la centralidad que la escritura alfabética, al lado del espíritu y el tiempo, ha llegado a ocupar en el pensamiento occidental desde el Medioevo. Esta diferencia, además de ser excluyente, posee una valoración moral. La materia es abyecta y el espacio fijo e inerte, mientras el espíritu es sublime y el tiempo es dinámico. Por su parte, el enunciado de anterioridad, evidente en el prefijo de pre-historia, ha sido posible en el proceso de constitución del pensamiento histórico de la modernidad y, en particular, de establecimiento de una hegemonía del tiempo sobre el espacio en las miradas sobre lo social. La prehistoria como anterioridad se define entonces como un afuera del tiempo histórico, una exterioridad situada cerca de la naturaleza con sus ritmos cíclicos y del espacio en su condición fija de contenedor y extensión.

De acuerdo con esta estrategia, el análisis de formación del enunciado de ausencia de escritura permite que emerjan las materialidades, mientras que el análisis del enunciado de anterioridad respecto de la historia permite que emerjan las espacialidades. Así, una vez deconstruido el concepto de prehistoria e identificadas sus articulaciones con el primado de la escritura y el tiempo en el pensamiento de la modernidad, la arqueología encuentra en las materialidades y las espacialidades sociales el referente último de su especificidad. La ausencia de escritura deviene en materialidades, la anterioridad prehistórica deviene en espacialidades.

Otra estrategia, a la cual se dirige este texto, se refiere a la postulación de una "prehistoria del presente", con lo cual se quiere demostrar la importancia de habilitar la arqueología para una comprensión novedosa de la manera en que las materialidades y las espacialidades conforman las percepciones y concepciones que producen los tiempos presentes. El enunciado básico

que permite esta apertura es que la prehistoria no se refiere a una cuestión cronológica e incluso que no está supeditada al tiempo. Son pocos los arqueólogos que han caminado en esta dirección, probablemente como resultado de la ausencia de reflexiones críticas acerca del tratamiento del tiempo en arqueología (LUCAS, 2005). De hecho, las pocas elaboraciones que han llamado la atención sobre la pertinencia de una arqueología y una prehistoria del presente provienen de ámbitos extra disciplinares que han habilitado estos términos para avanzar en campos como la psicología, la filosofía y la historia de los saberes.

Quizá como resultado de su afición por las antigüedades y por los informes de grandes hallazgos arqueológicos, Sigmund Freud pensaba que el psicoanalista, como el arqueólogo, debía excavar, estrato tras estrato, en la psique del paciente, antes de llegar a los más profundos y valiosos tesoros. Con ello, realizaba una suerte de equivalencia entre el trabajo con los recuerdos de los sujetos y el de la historia y la memoria de las sociedades, implicando que la arqueología, más que referirse a un pasado irremediamente concluido, podía ser de utilidad para solucionar problemas en el presente (BOWDLER, 1996).

Pero de mayor impacto sería el concepto de arqueología que Michel Foucault empleó en una acepción que tiene que ver menos con el estudio de las materialidades del pasado que con el análisis de los discursos. Foucault se refería a la arqueología como un método descriptivo de las prácticas discursivas que tomaba distancia frente a la historia de las ideas. Confería a la arqueología la tarea de describir aquella región o dominio que se encuentra entre los códigos fundamentales de una cultura y las teorías científicas y filosóficas que pretenden explicarlos; entre el orden que rige los lenguajes, los esquemas perceptivos, las técnicas, los valores y sus formas de cambio y jerarquización, y los esfuerzos por encontrar la razón de dicho orden (FOUCAULT, 1985: 5). En esa región intermedia, anterior a las palabras, a las percepciones y los gestos, se localizaban, según el autor, los "aprioris" históricos, las condiciones de posibilidad de los conocimientos filosóficos y las teorías científicas, es decir las epistemes que la arqueología debía describir sin pretender encontrar en ellas el tránsito de lo pre-científico a lo

científico o de lo pre-filosófico a lo filosófico, según quisiera una historia de las ideas o de las ciencias que opera conforme a un modelo teleológico de perfectibilidad (FOUCAULT, 1985: 7).

Mientras la historia de las ideas era la disciplina de la génesis, la continuidad, la gradualidad y la totalidad, la descripción arqueológica era "precisamente abandono de la historia de las ideas, rechazo sistemático de sus postulados y de sus procedimientos, tentativa para hacer una historia distinta de lo que los hombres han dicho" (FOUCAULT, 1997: 232). Y aquí es importante percibir el juego de oposiciones que se establece más ampliamente entre historia y arqueología. En términos del autor, en el campo de la historia se venía dando una mutación en la aproximación a los documentos, los cuales no debían ser ya interpretados en busca de una verdad que estuviera por fuera de ellos, sino que debían ser trabajados desde su interior (FOUCAULT, 1997: 9). "En nuestros días -decía- la historia es lo que transforma los *documentos* en *monumentos*", argumentando que "hubo un tiempo en el que la arqueología, como disciplina de los monumentos mudos, de los rastros inertes, de los objetos sin contexto y de las cosas dejadas por el pasado, tendía a la historia y no adquiría sentido sino por la restitución de un discurso histórico; podría decirse, jugando un poco con las palabras, que en nuestros días, la historia tiende a la arqueología, a la descripción intrínseca del monumento" (FOUCAULT, 1997: 11). Mediante esta inversión, la revolución documental que se venía efectuando desde la escuela francesa de los Annales encontraba un reto mayor que trascendía el asunto de la crítica de las fuentes para proyectarse hacia el análisis de las condiciones de posibilidad de la historia misma.

Las relaciones que pudiera tener el término de arqueología empleado por Foucault con particulares prácticas disciplinares quedan descartadas. En uno de sus escritos señaló que había elegido el término arqueología "por un juego quizá muy solemne" (FOUCAULT, 1997: 227), mientras que en una entrevista dijo: "La arqueología, como yo la entiendo, no es pariente de la geología (como análisis del subsuelo) ni de la genealogía (como descripción de los comienzos y las sucesiones), es el análisis del discurso en su moda-

lidad de archivo" (FOUCAULT, 1998: 289). Y cuando un comentador de *Las palabras y las cosas* quiso vincular el empleo del término al "aura de profundidad y génesis", que desde Freud la arqueología había adquirido por fuera del campo disciplinar (STEINER, 1971), Foucault lo negó señalando que en realidad había derivado el concepto de la arqueología filosófica de Kant, para designar "la historia de lo que proporciona necesariamente una cierta forma de pensamiento" (FOUCAULT, 1971: 60).

Para Kant, a diferencia de ciencias particulares como la física, el devenir de la filosofía no podía estudiarse con base en hechos históricos, pues en filosofía no se trata de lo que ha sido sino de lo que debe ser. En este sentido, la filosofía no estaría sujeta en estricto sentido a la historia, sino a los "aprioris" de la razón, con lo cual proponía una fórmula que no deja de ser problemática: realizar una historia filosófica de la filosofía, o mejor aún, una "arqueología filosófica". Decía Kant que "una historia filosófica de la filosofía es posible en sí misma, no histórica o empírica, sino racionalmente, i. e., *a priori*. Porque aun cuando ésta establece hechos de la razón, no los toma prestados de una narrativa histórica, sino que los deriva de la naturaleza de la razón humana, como una arqueología filosófica" (KANT, 2002: 417). Con ello, quedaba señalada una dificultad inherente al ejercicio de estudiar el devenir de la filosofía, en cuanto se trataría de dar cuenta de las condiciones que habían dado lugar al pensamiento filosófico, sin que las mismas pudieran derivarse de la historia.

Si bien es cierto que Foucault se aparta de la perspectiva causal y predeterminada desde la cual Kant concebía el progreso de la razón, coincide con él en cuanto a la existencia de unos "aprioris" que afectan las formas históricas del conocimiento (MCQUILLAN, 2010: 46). De la mano de Foucault, la arqueología filosófica de Kant deviene entonces en una "arqueología del saber" que realiza sus excavaciones en aquella región intermedia entre los códigos de una cultura y la forma en que las teorías científicas y filosóficas pretenden explicarlos, describiendo aquel orden desnudo en que se forman las prácticas discursivas, en un ejercicio acompañado de poderosas metáforas que le permiten inventar un nuevo lenguaje para explo-

rar las relaciones entre saber y poder. Suelos, superficies, fondos, estratos y monumentos permiten tratar los discursos como materialidades, desde su espesor e interioridad, y no como simples reflejos o expresiones de una verdad situada por fuera de ellos. Puede considerarse entonces que a partir de Foucault se habilita una arqueología del presente que, no obstante, no pretende dar cuenta expresa de las materialidades y las espacialidades sino de las prácticas discursivas.

Recientemente, Giorgio Agamben ha vuelto sobre el concepto de arqueología, habilitando expresamente una acepción no cronológica de la prehistoria. Como Foucault, se remite al concepto kantiano de arqueología filosófica, para precisar que se refiere a una ciencia de las ruinas, una "ruinología", cuyo objeto es dar cuenta de aquella *arché* de lo que pudo o ha debido emerger, o que quizá pueda emerger algún día, pero que por ahora sólo existe en forma de fragmentos o ruinas (AGAMBEN, 2009: 212). Pero lo más interesante es que, tras la huella del concepto de genealogía que Foucault derivó de Nietzsche, encuentra que es su contemporáneo y amigo, el teólogo alemán Franz Overbeck, quien había previsto una prehistoria no confinada a las cronologías remotas. Según Agamben, Overbeck pensaba que el rasgo distintivo de la prehistoria era el de ser una historia de lo que emerge, independientemente de que dicha emergencia fuera muy antigua o muy reciente (AGAMBEN, 2009: 214). Aun cuando consideraba que tanto la prehistoria como la historia se referían al pasado, la primera tenía que ver con él en un sentido especial, según el cual el velo que se encuentra suspendido sobre cada tradición se engrosa hasta el punto de resultar impenetrable (AGAMBEN, 2009: 215). Aun cuando relacionadas, prehistoria e historia divergían a partir del momento en el cual la segunda se conforma como parte de una tradición que sacraliza las fuentes y, de allí, la importancia de la prehistoria para efectuar una crítica de las tradiciones y los documentos históricos.

En esa perspectiva es que Agamben se refiere a la arqueología e incluso a la ultra-historia -retomando a Dumezil- no simplemente como algo que antecede o está más allá de la historia y con la cual se funde en el devenir de un tiempo remoto que en cierto momento llegaría a ser histórico, sino como "la práctica que, en

cualquier investigación histórica, tiene que ver, no con los orígenes, sino con la pregunta por el punto desde el cual los fenómenos toma sus fuentes, y debe por lo tanto confrontarse nuevamente con las fuentes y la tradición. Así mismo, la arqueología no puede asumir este reto sin deconstruir los paradigmas, técnicas y prácticas por medio de las cuales se regulan las formas de transmisión, se condiciona el acceso a las fuentes y se determina, en última instancia, el estatus del sujeto cognoscente" (AGAMBEN, 2009: 217).

Quiero enfatizar en la importancia de las acepciones de arqueología y prehistoria acotadas por Foucault y Agamben para designar un método crítico cuya pertinencia no obedece al régimen de la cronología, en apoyo de la posibilidad de una prehistoria del presente.

UNA CIENCIA DEL OLVIDO

Una vez se ha hecho visible la potencia de la arqueología para producir temporalidades y espacialidades a partir del tratamiento de las materialidades, luego de haber deconstruido el concepto de prehistoria y después de encontrar argumentos en pro de una prehistoria del presente, se abre la posibilidad de hacer una arqueología encaminada al estudio de las operaciones y resultados que tienen lugar en particulares ensamblajes de espacio, tiempo y materia, independientemente de que éstos sean pretéritos o contemporáneos. Enfocada en las materialidades como actores, una tal arqueología podría ponerse a disposición de los estudios sobre la ciencia, en la perspectiva de comprender cómo los científicos se conforman como sujetos y cómo producen verdades en sus relaciones íntimas con los espacios (campamentos, laboratorios, aulas y colecciones) y los artefactos (objetos, instrumentos y aparatos). Igualmente, podría aportar al estudio de las relaciones entre los dispositivos tecnológicos y la gente, particularmente acerca de los imaginarios de avance, detenimiento o retroceso que se generan en esa relación cuasi-erótica entre los *gadgets* y los sujetos.

En el campo de los consumos y las modas, una prehistoria del presente podría contribuir al análisis de los regímenes de renovación y descarte de mercancías

que tienen lugar en un mundo que, cada día más, se encuentra repleto de cosas. Un estudio riguroso de las basuras confrontará los discursos acerca del aseo, la sustentabilidad ecológica y el reciclaje. Así mismo, un análisis tipológico de las modas permitirá establecer los límites de los repertorios estilísticos que en una aparente creación infinita se ofrecen a los consumidores de vehículos, ropas, accesorios y arquitecturas. Y en el ámbito de los ordenamientos territoriales y los diseños arquitectónicos, hará visible cómo particulares topologías hacen posibles las memorias y las utopías. Finalmente, y en estrecha relación con lo anterior, puede contribuir eficientemente a la comprensión de los procesos de patrimonialización, en la medida en que se propondrá establecer cómo determinados paisajes, arquitecturas y monumentos devienen en cápsulas del tiempo, en donde se quisieran preservar, para la posteridad (¿de quiénes?) ciertos ítems y otros no.

Pero en relación con todas estas tareas, lo que más interesará a esta prehistoria del presente será el estudio de los olvidos y los silencios. Retomando de la arqueología de Foucault el interés por la descripción de aquel orden desnudo en que se forman las prácticas discursivas y del concepto de prehistoria de Agamben aquella estrategia para deconstruir los paradigmas, técnicas y prácticas por medio de las cuales se regulan las formas de transmisión de los saberes y las memorias, el énfasis deberá estar en describir cómo funcionan aquellas operaciones que hacen que las materialidades y las espacialidades sean frecuentemente obliteradas del trabajo de las ciencias (arqueologías y geografías del conocimiento). También por qué un cierto neo-humanismo publicitario presenta las tecnologías y las mercancías como esclavos que complacen las necesidades de los sujetos, cuando en términos concretos de lo que se trata es de producir consumidores veloces que permitan garantizar un ciclo rápido de producción y consumo de mercancías y espacios. Finalmente, en relación con los patrimonios, describirá no sólo los procedimientos de sacralización de determinados espacios, artefactos y prácticas que los ponen en el límite o por fuera del mundo de las mercancías, sino también los procesos de producción de ruinas y abyecciones.

Bibliografía

- AGAMBEN, G. (2009) *Philosophical Archaeology*. *Law Critique*, 20, 2009, pp. 211–231
- BENDER, B. (1992) Theorizing Landscapes and Prehistoric Landscapes of Stonehenge. *Man*, 27 (4), 1992, pp. 735–755
- BOWDLER, S. (1996) Freud and Archaeology. *Anthropological Forum*, 7, 1996, pp. 419–438
- BUCHLI, V. (2002) Introduction. En BUCHLI, V. (ed.) *The material culture reader*. Oxford: Berg, 2002, pp. 1–22
- CRÍADO BOADO, F. (1999) Del Terreno al Espacio: Planteamientos y Perspectivas para la Arqueología del Paisaje. CAPA: *Cadernos de Arqueología e Património*, n.º 6, 1999
- FABIAN, J. (1983) *Time and the Other: How anthropology makes his object*. New York: Columbia University Press, 1983
- FOUCAULT, M. (1971) Monstrosities in Criticism. *Diacritics*, 1, 1971, p. 60
- FOUCAULT, M. (1985) *Las palabras y las cosas*. Una arqueología de las ciencias sociales. Barcelona: Planeta, 1985
- FOUCAULT, M. (1997) *La Arqueología del Saber*. Madrid: Siglo XXI, 1997
- FOUCAULT, M. (1998) On the ways of writing history, entrevista por Robert Bellour. En FAUBION, J. D. (ed.) *Aesthetics, Method, and Epistemology: Essential Works of Foucault, 1954–1984*. New York: The New Press, 1998
- FUGGLE, S. (2009) Excavating Government: Giorgio Agamben's Archaeological Dig. *Foucault Studies*, 7, 2009, pp. 81–98
- GIDDENS, A. (1994) *Consecuencias de la modernidad*. Traducción de Ana Lizón Ramón. Madrid: Alianza Editorial, 1994
- GIDDENS, A. (2003) *La constitución de la sociedad*. Bases para la teoría de la estructuración. Traducción de José Luis Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2003
- HARRIS, E. (1991) *Principios de Estratigrafía Arqueológica*. Barcelona: Editorial Crítica, 1991
- HARRIS, M. (1978) *El desarrollo de la teoría antropológica*. Historia de las teorías de la cultura. Madrid: Siglo XXI, 1978
- HARVEY, D. (1998) *La condición de la posmodernidad*. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1998
- HASTORF, C. (2003) Community with the ancestors: ceremonies and social memory in the Middle Formative at Chiripa, Bolivia. *Journal of Anthropological Archaeology*, 22, 2003, pp. 305–332
- HODDER, I.; CESSFORD, C. (2004) Daily practice and social memory at Catalhoyuk. *American Antiquity*, 69 (1), 2004, pp. 17–40
- KANT, I. (2002) What real progress has metaphysics made in Germany since the time of Leibniz and Wolff? En ALLISON, H. E. (ed.) *Theoretical Philosophy after 1781*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002, pp. 349–424
- KOPYTOFF, I. (1991) La biografía cultural de las cosas. En APPADURAI, A. (ed.) *La vida social de las cosas*. Perspectiva cultural de las mercancías. México: Grijalbo, 1991, pp. 89–122
- KOSELLECK, R. (2001) *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós, 2001
- LATOUR, B. (2001) *La Esperanza de Pandora*. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia. Barcelona: Gedisa, 2001
- LEFEBVRE, H. (1991) *The Production of Space*. 1.ª ed. 1974. Oxford: Blackwell Publisher, 1991

- LE GOFF, J.** (1991) *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1991
- LUCAS, G.** (2005) *The Archaeology of Time*. New York: Routledge, 2005
- MAY, J.; THRIFT, N.** (ed.) (2001) *Timespace: Geographies of Temporality (Critical Geographies)*. Nueva York: Routledge, 2001
- MCQUILLAN, C.** (2010) Philosophical Archaeology in Kant, Foucault, and Agamben. *Parrhesia*, 10, 2010, pp. 39-49
- MILLER, D.** (1998) Why some things matter. En MILLER, D. (ed.) *Material cultures. Why some things matter*. Chicago: The University of Chicago Press, 1998, pp. 3-21
- ORTEGA, J.** (2000) *Los horizontes de la geografía. Teoría de la Geografía*. Barcelona: Ariel Editorial, 2000
- OVERBECK, F.** (1966) Kirchenlexikon Materialien. Christentum und Kultur. In OVERBECK, F. *Werke und Nachlaß*. vol. VI/I, ed. B.v. Reibnitz. Stuttgart: Metzler, 1966
- PIAZZINI, E.** (2011) *La Arqueología entre la historia y la prehistoria: estudio de una frontera conceptual*. Bogotá: Universidad de Los Andes, 2011
- RICOEUR, P.** (2003) *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta, 2003
- SHANKS, M.; TILLEY, C.** (1987) *Social Theory and Archaeology*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1987
- SHANKS, M.; TILLEY, C.** (1994) *Re-Constructing Archaeology*. Londres: Routledge, 1994
- SOJA, E.** (1989) *Postmodern geographies: the reassertion of space in critical social theory*. Londres: Verso, 1989
- STEINER, G.** (1971) The Mandarin of the Hour-Michel Foucault. *New York Times Book Review*, February 21, 1971
- THOMAS, J.** (1999) A materialidade e o social. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, Suplemento 3, 1999, pp. 15-20
- THOMAS, J.** (2001) Archaeologies of Place and Landscape. En HODDER, I. (ed.) *Archaeological Theory Today*. Cambridge: Polity Press, 2001, pp. 165-186
- TRIGGER, B.** (1992) *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Editorial Crítica, 1992
- WALLERSTEIN, I.** (1997) El espaciotiempo como base del conocimiento. *Análisis Político*, n.º 32, 1997, pp. 3-15